

## Panel II

# Raza y Racismo en el siglo XX: Segregación, del Movimiento por los Derechos Civiles a los 'post-derechos civiles'

## 1. Federico Pita \*

### Del movimiento por los derechos civiles al New Jim Crow

#### Jim Crow

Luego de finalizada la Guerra de Secesión, comenzó un período en la historia de los Estados Unidos llamado Reconstrucción. Durante dicho período los estados del Sur fueron intervenidos por el gobierno federal, siendo readmitidos progresivamente a la Unión, a condición de que incorporaran los artículos de la Constitución de los Estados Unidos que garantizaban la libertad y los derechos políticos de los afroestadounidenses a sus respectivas constituciones estatales.

Durante la Era de la Reconstrucción, los/las afroestadounidenses gozaron en gran medida de derechos civiles, políticos y económicos; fueron elegidos para cargos

públicos, formaron parte de jurados, se establecieron sistemas de enseñanza pública que garantizaban su acceso a la educación, etc. Sin embargo esa primavera se fue diluyendo de a poco, mientras la correlación de fuerzas en la política viraba nuevamente hacia la supremacía blanca. Ese viraje fue quedando en evidencia a medida que se sancionaban leyes en detrimento de los derechos de los/las afroestadounidenses. Había llegado la Era de Jim Crow, un sistema de castas raciales, basado en leyes, que dictaba el estilo de vida de la población a la vez que sellaba el destino de los/las afroestadounidenses como ciudadanos de segunda categoría.

La Era de Jim Crow estableció un sistema de castas raciales en el cual se sostenía la segregación racial *de jure*. Es decir, la población era segregada racialmente, por ley, en escuelas públicas, baños, edificios y espacios públicos, establecimientos públicos y privados, en el transporte, y hasta en los bebederos. Con el avance de las leyes de Jim Crow, los/las afroestadounidenses no sólo perdieron gran parte de las conquistas alcanzadas durante la Reconstrucción, sino que vieron dictarse leyes que violaban, efectivamente, sus derechos y libertades. Tan temprano como en 1877, año en que se retira la intervención federal del Sur y comienza la restitución del poder blanco en los

\* Licenciado en Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires. Presidente de la Diáspora Africana de la Argentina. Director del periódico El Afroargentino. [info@diafar.org](mailto:info@diafar.org)

gobiernos locales, la Corte Suprema de Justicia dictamina, en el caso Hall vs. DeCuir, que los estados no pueden prohibir, aún cuando sus constituciones contengan leyes anti-discriminatorias, la segregación en el transporte común interestatal. A partir de entonces se multiplican en todo el Sur, leyes que exigen la segregación racial en el transporte de pasajeros.

En 1896, en el tristemente célebre caso Plessy vs. Ferguson, la Corte toma el toro por las astas y declara constitucional a la segregación racial. Así surge, para ensombrecer por décadas a toda la sociedad estadounidense, la doctrina “separados, pero iguales”. Aquel fallo sentenciaba que mientras que las condiciones, instalaciones, servicios y calidad de las escuelas segregadas fueran iguales tanto para negros como para blancos, la segregación no vulneraba derechos. Poco después, en 1898, el tribunal supremo entendía que las pruebas de alfabetismo y pago de un impuesto como requisitos para el empadronamiento establecidos en Mississippi, obstáculos de hecho al voto negro, no implicaban discriminación. En resumen, con estos fallos se otorgaba libertad para segregar a la población negra y libertad para bloquear el voto negro, definiendo la negritud como ciudadanía de segunda categoría.

### **El Movimiento por los Derechos Civiles: ¿un largo camino a casa?**

Para mediados del siglo XX la comunidad afroestadounidense, bajo el liderazgo de sus principales asociaciones (entre ellas, la

National Association for the Advancement of Colored People - NAACP), se prepara para dar la batalla legal al sistema de castas de Jim Crow, decidida a desafiar las leyes racistas en el propio ámbito de la justicia. Es así como en 1954 se obtiene la primera gran victoria legal en la que la Corte Suprema declara inconstitucional la segregación en escuelas (Brown vs Board of Education). Sin embargo, el fallo se circunscribía a la declaración de inconstitucionalidad, sin estipular un plazo para la desegregación. Más tarde, en 1956 y tras el Boicot de Autobuses de Montgomery, también se declara inconstitucional la segregación en buses y lugares públicos aunque tampoco se reglamenta de manera concreta ni se ordena la desegregación.

Habiendo soportado por décadas la existencia como ciudadanos de segunda, la resistencia afroestadounidense comienza a dudar de la estrategia legal como único camino para su emancipación y se dispone a probar nuevas estrategias complementarias, y con ellas, la resistencia cobra nuevo brío. El Movimiento por los Derechos Civiles suma las estrategias de acción directa y la no-violencia para torcer el brazo de Jim Crow. Además, suma la fuerza de los/las estudiantes cuando, en 1960, el movimiento estudiantil se organiza y se realizan sentadas en protesta por la segregación, freedom rides, boicots y campañas de formación y empadronamiento, bajo el constante asedio del terrorismo del Ku Klux Klan y supremacistas blancos (entre ellos, funcionarios de la justicia y las fuerzas de seguridad).

“Durante cien años, desde la emancipación, los negros han estado buscando el esquivo camino conducente a la libertad. Sabían que les tocaba construir un conjunto de tácticas adaptadas a sus condiciones peculiares y sin precedentes. Las palabras de la Constitución habían declarado que eran libres, pero la vida les había enseñado que eran un pueblo doblemente oprimido: vivían en las zonas más bajas de la sociedad, y además se les encerraba dentro de ellas en los límites de una casta de color.”<sup>5</sup>

Para 1963, se habían cumplido casi diez años de *Brown vs. Board of Education* y poco había cambiado. Las escuelas seguían segregadas, así como la mayoría de los servicios y espacios públicos de los estados del Sur; los/las afrodescendientes seguían sin poder gozar del derecho a votar; en ámbitos donde la segregación de jure ya no existía, existía de facto: los/las afroestadounidenses que osaron desafiar la segregación fueron, golpeados, linchados, asesinados y/o encarcelados. En ese contexto se diseñó la Marcha sobre Washington, una manifestación masiva sobre la cual los líderes del Movimiento pudieran apoyarse para presionar al poder político y lograr una ley de derechos civiles fuerte y efectiva. El congreso se hizo esperar. Intentaron cajonear un proyecto de ley y hasta bloquearla con filibusterismo. Finalmente, tras el asesinato en Mississippi de dos activistas blancos que osaron sumarse a la causa negra que se convirtió en escándalo nacional, y a casi un año de la Marcha de agosto, se sancionó la Ley de Derechos Civiles de 1964. Dicha ley, entre

otras cosas, declaró ilegal la discriminación racial y le dió potestad al gobierno nacional para intervenir, incluso en dependencias gubernamentales estatales, y hacer efectiva la ley. Sin embargo, no se le había dado el golpe definitivo al “voto calificado”, por lo que se dejaba intactos muchos de los obstáculos al voto negro.

La campaña por el Derecho al Voto era considerada central dentro de la estrategia del Movimiento por los Derechos Civiles. Con el acceso efectivo al voto, se podía comenzar a soñar con un cambio en la configuración racial de las autoridades gubernamentales y judiciales. La Campaña tuvo su epicentro en Selma, Alabama, con una marcha multitudinaria, una brutal represión policial y su consecuente repercusión nacional. Así llegó, con sacrificio, sangre, muertos y lágrimas, la Ley de Derecho al Voto de 1965: eliminación de obstáculos al voto negro y obligación del Estado de proteger el derecho a votar. Por primera vez el Estado se comprometía a algo más que una declaración.

A pesar de que el Movimiento por los Derechos Civiles sumaba kilómetros de marchas, de entradas y salidas de la cárcel, victorias legislativas y apoyo de la opinión pública, la mayoría de la población afroestadounidense, especialmente en las grandes ciudades, seguía sujeta a condiciones de vida lastimosas, sin acceso a trabajos estables y bien remunerados, sin acceso a vivienda digna y bajo el constante asedio de las fuerzas policiales. La tensión era tal que bastaba un pequeño incidente para dar comienzo a disturbios en una ciudad, por lo general a raíz del acoso

<sup>5</sup> King, Martin Luther. *Por qué no podemos esperar*; España, Barcelona, Círculo de Lectores S.A., 1972.

policial (Harlem, 1964; Watts, 1965; Detroit, Newark, Cincinnati, Washington D.C, 1967). En 1968 asesinaron a Martin Luther King Jr., uno de los principales líderes afroestadounidenses, desatándose una ola de disturbios en decenas de localidades en todo el país. El caos atemorizó lo suficiente a los supremacistas blancos en el Congreso como para que aprobaran una nueva ley de derechos civiles, que venían obstruyendo hacía meses. La Ley de Derechos Civiles de 1968 prohibía la discriminación racial en lo concerniente a la compra, venta y alquiler de viviendas.

Finalmente, en 1969, la NAACP lleva el retraso de la disposición de 1954 de *Brown vs. Board of Education* a la Suprema Corte, la cual se expide ordenando la desegregación de las escuelas “ya”.

### **La Guerra contra las Drogas**

Las conquistas del Movimiento por los Derechos Civiles, condensadas en las leyes de Derechos Civiles de 1964 y 1968 y de Derecho al Voto de 1965 y el dictamen de 1969, acabaron con la discriminación y segregación *de jure* propios del sistema de castas de Jim Crow. Sin embargo, un nuevo sistema de castas emergería, un “nuevo Jim Crow”, en palabras de la académica y activista de derechos civiles Michelle Alexander.

De la experiencia del Movimiento de los años ‘60s, los supremacistas blancos aprendieron que la represión física en la era de la imagen era contraproducente a sus

objetivos; que la comunidad afroestadounidense se había valido de la ley y la justicia para derrotar a Jim Crow y que la supremacía blanca podía, a su vez, volver a utilizar estos recursos en su conveniencia; que la población blanca de clase baja, manipulada a través del miedo, podía seguir siendo utilizada como barrera de contención al cambio social; que los disturbios raciales proveían una excelente oportunidad para aplicar una “política de miedo” y someter nuevamente a la población negra por vía de “la ley y el orden”, “guerra contra el crimen”, la “guerra contra la droga” y la “mano dura”.

Los cimientos del Nuevo Jim Crow comenzaron a plantarse antes de la caída del sistema de castas saliente, durante la campaña presidencial de 1968. Empañada por el asesinato del candidato Robert Kennedy, la contienda electoral se dirimió entre Richard Nixon, Hubert Humphrey y George Wallace. El demócrata Humphrey era el vicepresidente de Lyndon Johnson, asociado con la trayectoria del Movimiento por los Derechos Civiles, los disturbios raciales y las protestas antibélicas. Nixon, el candidato republicano, basó su campaña en equilibrio fiscal para la economía, en política exterior se pronunció a favor de la búsqueda de paz con dignidad (sic) en Vietnam, y en política doméstica pregonó la restauración de la ley y el orden. Wallace, el candidato independiente, era nada más y nada menos que el gobernador de Alabama, quien personalmente se había opuesto a la integración de escuelas y universidades en su estado.



Wallace era sinónimo de segregación, de niños y niñas afroestadounidenses privados del acceso a escuelas blancas, iglesias bombardeadas, represión policial, linchamientos, disturbios y escándalos mediáticos. Wallace, aunque ganó los estados del Sur profundo, era ya políticamente incorrecto para la gran mayoría de la sociedad estadounidense. Nixon, en cambio, apelaba a la “unidad nacional”, entre negros y blancos, tal como requerían los nuevos estándares de corrección política, a la vez que seducía a los/las votantes conservadores/as, a los/las blancos/as de clase baja con la estrategia del miedo y de la seguridad. De hecho, uno de sus folletos de campaña estaba dedicado al “Crimen en alza”:

“En los últimos años el crimen en este país ha crecido nueve veces más que la población. A este ritmo, los crímenes de violencia en América se duplicarán para 1972. No podemos aceptar ese tipo de futuro. Necesitamos más policía-- mejor entrenada, mejor paga y mejor equipada-- en cada comunidad en América... Como Presidente recomendaría al Congreso un programa nacional-- para tomar la ofensiva contra las fuerzas criminales que amenazan la paz y la seguridad de cada americano, y para reconstruir el respeto por la ley a través de este país.”<sup>6</sup>

Otro de sus folletos se refería al orden:

“El disenso es un ingrediente necesario para el cambio. Pero en un sistema de gobierno que permite el cambio pacífico, no existe

causa que justifique recurrir a la violencia. No existe causa que justifique el gobierno de la turba en lugar de la razón.”<sup>7</sup>

Lo que Nixon decía, en definitiva, era que en un sistema como el estadounidense, que permitió el derrumbe de Jim Crow de manera pacífica, resultaba injustificable que la población negra recurriera a la violencia. Por ende, aquellos/as que permitieran el gobierno de la turba en lugar de la razón y la ley, serían castigados por la policía-- ahora mejor entrenada y equipada. No serían castigados por ser negros/as rebeldes, no, no. Ahora eran convertidos en criminales que atentan contra la paz y la seguridad de cada americano. Aquellos sectores de la población que se encontraban cansados de tanta protesta de derechos civiles y antibélica, recibieron encantados la idea.

Así lo expresaba en su discurso de aceptación de la candidatura en la Convención Nacional Republicana de 1968:

“Miramos a América y vemos ciudades envueltas en humo y llamas. Escuchamos sirenas en la noche. Vemos americanos odiarse unos a otros; peleándose entre sí, matándose en casa... Es la voz de la gran mayoría de americanos, los americanos olvidados-- los que no gritan, los que no protestan. No son racistas; no son culpables de los crímenes que plagan la tierra. Son negros y son blancos... Son buenas personas, son personas decentes; trabajan y ahorran, pagan sus impuestos y se preocupan por el otro.”

<sup>6</sup> The Nixon Stand en <http://www.4president.org/brochures/1968/nixon1968brochure.htm>

<sup>7</sup> The Nixon Stand en <http://www.4president.org/brochures/1968/nixon1968brochure.htm>

Los/las votantes que eligieran a Nixon podían quedarse tranquilos/as. No eran racistas, no eran malas personas. Después de todo, no votaban a Wallace. Sólo querían paz y tranquilidad. Después de todo, Jim Crow ya se había terminado. ¿O no?

La “guerra contra las drogas” fue anunciada por Nixon en 1971, cuando declaró que el abuso de drogas se había convertido en una emergencia nacional y proponía la creación de un órgano dedicado al “diseño de la estrategia federal para la prevención del abuso de drogas”<sup>8</sup>. Más tarde crearía una agencia de cooperación entre autoridades locales y federales para afrontar la lucha en las calles, y finalmente, en 1973, estableció la DEA (Drug Enforcement Administration) que unificaba todas las agencias anteriores.

Luego del escándalo en el que se vió envuelto Nixon, y que provocara su renuncia, llegó el impasse garantista de Jimmy Carter. Pero no duraría mucho. La guerra contra las drogas fue relanzada con vigor durante las presidencias de Ronald Reagan y de George Bush Sr. (1980-1992). Es de destacar que las agendas de ambos ya no incluían problemas raciales ni derechos civiles. Estos asuntos habían quedado saldados con el legado del Movimiento por los Derechos Civiles. Eran tiempos de “refundar América”, de “devolverle su grandeza”, de rescatar los valores del trabajo, la familia y la libertad, de evitar que el Estado se entrometiera en la vida de la gente, de rebajar impuestos y achicar el Estado (en una particular elección de palabras en la campaña de Ronald Reagan

<sup>8</sup> Richard Nixon, mensaje especial al Congreso en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=3048>

de 1980, éste hace mención a los individuos que reciben planes sociales del Estado, y que se “vuelven adictos” a esas dádivas).<sup>9</sup>

Reagan declara la guerra contra las drogas en 1982<sup>10</sup>, cuando en realidad los crímenes relacionados con las drogas estaban en declive y todavía no se había producido la epidemia de crack (que primero llegó a Los Ángeles y luego se expandiría a otras ciudades). Reforma la legislación anti-droga, recorta el presupuesto a los programas de rehabilitación a la mitad, establece el cumplimiento de la ley como prioridad y la primera dama lanza se encarga de la campaña anti-drogas en las escuelas. Todo esto mucho antes de que la CIA permitiera el ingreso de drogas a los Estados Unidos para que se financien los Contras en Nicaragua.

Para las elecciones presidenciales de 1989, del cual saldría ganador George Bush Sr., la esclavitud y Jim Crow eran cosa del pasado. Los/las estadounidenses habían dejado atrás aquellos problemas y eran llamados a unirse contra el enemigo público número uno: las drogas. Los/las votantes de Bush, como los de Nixon y Reagan, también podían sentirse tranquilos. No estaban votando a Wallace, todos estaban de acuerdo ya con que la esclavitud era un pecado y debían unirse para resolver un problema de todos. Así se expresaba Bush en su campaña presidencial de 1988:

<sup>9</sup> Discurso de Ronald Reagan en <http://www.4president.org/speeches/1980/reagan1980acceptance.htm>

<sup>10</sup> Mensaje radial del presidente Reagan en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=43085>

“¿Debería permitirse a la sociedad imponer la pena de muerte a aquellos que cometan crímenes de extraordinaria crueldad y violencia? Mi oponente dice no - pero yo digo que sí. Yo soy el que dice que el narcotraficante que es responsable de la muerte de un policía debería recibir la pena de muerte. Quiero una América libre de drogas... “Tolerancia cero” no es una política simplemente, es una actitud. A veces me pregunto si no hemos olvidado quiénes somos. Pero somos el pueblo que partió una nación antes de permitir el pecado llamado esclavitud...”<sup>11</sup>

La guerra contra las drogas se convirtió en la misión de Bush, a tal punto que, una vez presidente, la primera vez que se dirigió al pueblo estadounidense en cadena nacional fue para referirse a ella:

“La amenaza doméstica más grave que enfrenta nuestra nación hoy son las drogas... Estamos determinados a hacer cumplir la ley, a hacer que nuestras calles y barrios sean seguros. Así que, para empezar, propongo que dupliquemos la ayuda federal a las fuerzas de seguridad locales y estatales. Y no tendremos barrios seguros a menos que seamos duros con los criminales de la droga... Necesitamos más prisiones, más cárceles, más cortes de justicia, más fiscales... Y si bien el uso de drogas ilegales existe en todas las comunidades, en ningún lugar es peor que en las viviendas públicas... Por eso estoy destinando \$50 millones para luchar contra el crimen en las viviendas públicas - para

ayudar a restaurar el orden y echar a los traficantes para siempre. Para empezar, el Congreso no debe sólo actuar en base a esta estrategia nacional contra las drogas, también debe pronunciarse sobre el paquete de leyes contra el crimen anunciado el pasado mayo, un paquete que busca endurecer penas, fortalecer las fuerzas de seguridad y construir nuevas prisiones para 24,000 presos.”<sup>12</sup>

### **El Nuevo Jim Crow**

El Nuevo Jim Crow iba tomando forma. La economía estadounidense a principios de los años ‘80s se resentía con los impactos de la globalización y la industrialización comenzaba a declinar. A medida que las fábricas cerraban, miles de personas, blancas y negras, emigraban a otras ciudades en busca de trabajo. Si los Demócratas con Lyndon Johnson a la cabeza, habían comenzado a perder el Sur con las concesiones al Movimiento por los Derechos Civiles, los Republicanos, con Ronald Reagan, estaban dispuestos a quedárselo con el discurso de la “mano dura”. En un contexto de recesión económica, encontrar un chivo expiatorio resultaba clave para ganar elecciones. La política del miedo, manipulando a blancos, de clase media y pobres por igual, incluso negros, volvía a jugar a favor de la supremacía blanca.

La reconfiguración neoliberal de la economía instaurada por Reagan, y

<sup>11</sup> Discurso de George Bush en <http://www.4president.org/speeches/1988/georgebush1988acceptance.htm>

<sup>12</sup> Cadena nacional de George Bush en <http://www.c-span.org/video/?8921-1/presidential-address-national-drug-policy>

continuada por Bush, hacía dispensables a millones de personas y en combinación con el racismo estructural, tuvo efectos particularmente nocivos en la comunidad afroestadounidense, la cual fue duramente golpeada por la recesión, los recortes a la asistencia social y el desempleo<sup>13</sup>. La guerra contra las drogas se libraría en los barrios pobres, y negros, infestados por drogas ingresadas con la venia del propio Estado que juraba combatir las. Aquellos barrios, las viviendas públicas, los guetos, estaban siendo inundados por una apabullante oferta de drogas; y pronto fueron infestados por el narcomenudeo. Pronto también la violencia se apoderó de las calles. Las fuerzas policiales (mejor preparadas, mejor equipadas, con mayor libertad de acción y con un mandato específico) y las nuevas cárceles, estaban listas y en sus marcas para recibir a miles y miles de afroestadounidenses. El Estado había invertido millones y millones de dólares en la campaña mediática y en recursos humanos, judiciales y de infraestructura para asegurarse de que así fuera. Y así se dio comienzo a la Era del Encarcelamiento Masivo, en especial de hombres negros.

Primero se crearon las condiciones necesarias para el encarcelamiento masivo: criminalización de la protesta social, discurso securitario, campaña mediática anti-drogas, estigmatización del consumidor, ingreso masivo de drogas al país, persecución policial en barrios pobres (donde la mayoría de la población suele ser negra) y endurecimiento de las penas a

crímenes relacionados con la droga. Con el encarcelamiento, la etiqueta de “delincuente” haría el resto: por el sólo hecho de haber estado preso, condenado por un delito de drogas, se pierden derechos políticos y civiles que en la mayoría de los casos, no se pueden recuperar; se pierde el derecho a votar y se es excluido automáticamente de integrar jurados; se pierde el derecho a habitar en viviendas públicas, a ser protegido contra la discriminación laboral, a recibir vales de comida, etc. A poco tiempo del lanzamiento de la guerra contra las drogas hecho por Nixon, en 1974<sup>14</sup> la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos dictaminó que la privación de derechos políticos de delincuentes convictos no violaba la Constitución en sí misma, a menos que la aplicación de las provisiones estatales a dichos efectos, tuvieran motivaciones raciales comprobables. Las leyes que regulan la privación de derechos difieren de Estado a Estado. No obstante, por ejemplo, la mayoría suspende los derechos políticos de los condenados hasta tanto no hayan completado su sentencia; en muchos Estados suelen tener que pagar multas para ser empadronados; en otros, sólo pueden recuperar sus derechos tras solicitar un perdón especial (que puede ser denegado), y a su vez a menudo deben pasar años desde que completaron la sentencia (tiempo de cárcel, libertad bajo palabra y probation incluidos) hasta poder presentar la solicitud de perdón.

Habiendo pasado por el sistema penal, aunque se salga de la cárcel una vez cumplida la pena, no se pierde la etiqueta

<sup>13</sup> George Bush Sr. fue el único presidente en vetar una ley de derechos civiles, como el proyecto de 1990 que protegía a las minorías contra la discriminación laboral.

<sup>14</sup> Caso *Richardson v. Ramirez*, 418 U.S. 24 (1974).



de delincuente. Ésa es la garantía del Nuevo Jim Crow. Ya no es políticamente correcto linchar, escupir, llamar “nigger” a un afroestadounidense. La condición de ex preso atrapa al individuo y lo deshumaniza tal como lo hacía el viejo Jim Crow, sólo que ahora basta con tacharlo como “delincuente”, término legal y racialmente ascéptico, para segregar y marginar afroestadounidenses. En otras palabras, se reformuló el antiguo sistema de castas.

Hoy pareciera que ser blanco disminuye la gravedad del crimen mientras que la negritud define al delincuente. A pesar de que las estadísticas muestran que todos los grupos raciales cometen delitos relacionados con la droga en proporciones similares, la mayor cantidad de sentencias y las penas más duras caen sobre los afroestadounidenses y las penas por delitos relacionados con el crack o la marihuana (más comunes entre afrodescendientes y latinos) son marcadamente más duras que los relacionados con la cocaína (más comunes entre blancos). Así lo expresa Alexander:

“El índice de criminalidad ni llega a explicar el increíble aumento rápido del encarcelamiento en las comunidades afroestadounidenses. La Guerra contra las Droga es la principal causa de ese aumento, y se trata de una guerra que se ha librado casi exclusivamente en las comunidades pobres de color, aunque los estudios demuestran una y otra vez que las personas

de color no son más propensas que los blancos a usar ni a vender drogas.”<sup>15</sup>

### **Paralelismos entre el Jim Crow y encarcelamiento masivo**

Resulta pertinente tener en cuenta algunos de los puntos en común entre el sistema de castas de Jim Crow y el encarcelamiento masivo, y para eso me basaré en los más relevantes desde la perspectiva de Michelle Alexander<sup>16</sup>.

En primer lugar, existe una coincidencia de tipo *histórica*. Ambos sistemas de castas raciales nacieron en parte por el deseo de las elites blancas de explotar las vulnerabilidades, el resentimiento y el prejuicio racial de las clases obreras y pobres blancas con el objetivo de beneficiarse política y económicamente. Ya que al encontrar un chivo expiatorio en la comunidad negra, dichas élites lograron desviar la hostilidad de los sectores bajos blancos que se cosechaba hacia ellas. En ambos casos históricos, fueron pocas o nulas las reformas de tipo económico propuestas por las élites dominantes a los reclamos y temores legítimos de los sectores trabajadores y pobres blancos; y en su lugar ofrecieron y promocionaron como solución, castigos para aquellos sectores raciales definidos como “otros”. Durante Jim Crow, las élites blancas conservadoras competían entre sí para ver quién aprobaba la legislación

<sup>15</sup> Entrevista a Michelle Alexander en <http://revcom.us/a/222/alexander-es.html>

<sup>16</sup> Michelle Alexander. *El color de la justicia. La nueva segregación racial en Estados Unidos*; España, Capitán Swing, 2012.

segregacionista más severa y más opresiva. Cien años después, en los primeros años de la Guerra contra las Drogas, los políticos compitieron entre sí para mostrar quién era más duro en la batalla contra la delincuencia, aprobando leyes cada vez más severas, en un intento solapado de atraer hacia sí a las clases trabajadoras blancas, que se mostraron complacientes con la reforma económica y estructural a cambio del aparente esfuerzo por parte de la elite política por poner a los negros “en su sitio”.

Ambos sistemas coinciden en el establecimiento de la llamada *discriminación legalizada*. En la era de Jim Crow la discriminación legalizada era encarnada por la doctrina “iguales pero separados”. Aunque la creencia generalizada es que las conquistas del Movimiento de Derechos Civiles barrieron con las prácticas que relegaban a los afroestadounidenses a una casta inferior, muchas de ellas aún gozan de vida plena y son aplicadas a una importante porción de la población negra etiquetada de delincuente.

La discriminación legalizada se cristaliza en otro punto en común: la *pérdida de derechos políticos*. Tal como he señalado anteriormente, durante Jim Crow, por medio de impuestos electorales, pruebas de alfabetización, leyes de pérdida de derechos por delincuencia y otros mecanismos similares, se bloqueaba en los hechos y con un éxito rotundo, el derecho al voto de los afroestadounidenses. Estas medidas eran en apariencia neutrales con respecto a la cuestión de raza, pero el Movimiento por los Derechos Civiles probó que la

neutralidad no era tal sino todo lo contrario y logró eliminar aquellos obstáculos al voto negro, con la excepción de las disposiciones de pérdida de derechos por delincuencia. El impacto de esta práctica se extiende más allá de la marginación del convicto individual, en detrimento de la capacidad política de comunidades enteras de influir en los ámbitos de toma de decisiones que afectan su vida diaria y su futuro. Las cárceles son construidas en zonas rurales apartadas, en comunidades predominantemente blancas. La población carcelaria, aunque no vota, contribuye para inflar las cifras de población del distrito, lo que repercute en el reparto de escaños para su representación en las legislaturas estatales. Mientras que las comunidades urbanas de donde provienen los convictos, mayormente barrios pobres de población negra, pierden representación parlamentaria al verse disminuida su población. El antiguo pago del impuesto electoral, que en los hechos implicaba un obstáculo al voto negro como ya he establecido, también se ha dejado de tributar. Sin embargo, un ex convicto que quiera recuperar su derecho a sufragar deberá abonar en algunos casos tasas o multas, lo que implica la restitución de hecho del impuesto electoral. El conjunto de estas estrategias, tal como las leyes de Jim Crow, desfavorecen y debilitan la fuerza política negra.

La *exclusión de afroestadounidenses de los jurados* es otra práctica común a los dos sistemas de castas. Al no impedir el empadronamiento de afroestadounidenses, Jim Crow lograba fácilmente jurados compuestos exclusivamente por blancos. A

pesar de las conquistas del Movimiento por los Derechos Civiles, en la era del encarcelamiento masivo se sigue excluyendo a los negros de los jurados por vía de la etiqueta de delincuente y por las recusaciones sin causa (aunque las recusaciones por motivos raciales están prohibidas, son ampliamente toleradas).

Actualmente, *las puertas de los tribunales se encuentran cerradas* a cualquier denuncia de prejuicios raciales en materia de encarcelamiento masivo, tal como lo hizo el fallo del Tribunal Supremo a favor de la constitucionalidad de la doctrina “separados pero iguales” de Jim Crow. A partir del precedente sentado en el caso *McCleskey vs. Kemp*<sup>17</sup>, no basta con probar el efecto discriminatorio de un acto o ley sino que la denuncia de prejuicio racial debe poder probar motivaciones discriminatorias.

Otro paralelismo es la propia *segregación racial* que, se supone, terminó con la derrota de Jim Crow. Muy por el contrario, el encarcelamiento masivo también provee mecanismos de segregación racial. En primera instancia, a través de la separación de los cuerpos de los convictos de la sociedad mayor, recludos en guetos penales que se encuentran a kilómetros de las comunidades de origen de los presos. En segundo lugar, cuando los convictos cumplen su pena y regresan a sus comunidades, éstas son mayoritariamente barrios racialmente segregados, los guetos.

Por último, ambos sistemas de castas raciales son responsables de *producción*

*simbólica de raza*. Ser negro bajo Jim Crow significó ser un ciudadano de segunda categoría; hoy bajo el encarcelamiento masivo, ser negro y especialmente un hombre negro, es ser un criminal, un delincuente. Cada sistema tuvo su propia definición de negritud<sup>18</sup>, signado por un estigma característico: la vergüenza de ser esclavo, la vergüenza de ser ciudadano de segunda y la vergüenza de ser un criminal (o familiar de uno).

### Los límites de la analogía

Si bien el término “Nuevo Jim Crow” resulta útil a la hora de ilustrar una línea de continuidad con el anterior sistema de castas raciales, es importante evitar la enorme tentación de simplificar el asunto y ver en el encarcelamiento masivo una mera restauración del viejo Jim Crow. Analizar los límites de la analogía nos permitirá identificar aquellos elementos novedosos que introduce el nuevo sistema, lo cual será clave para poder comprender su profunda complejidad y tomar conciencia del gran desafío que supone enfrentar un sistema de opresión que se ha vuelto más sofisticado.

Uno de estos elementos novedosos y disruptivos es la *ausencia de hostilidad racial*. De la mano de la corrección política en el discurso público, parece no haber quedado lugar para la hostilidad explícita de Jim Crow. No se trata de una mera postura; probablemente gran parte de la sociedad, más allá de las formas, realmente esté en la búsqueda de no *ser* racista. Por

<sup>17</sup> Caso *McCleskey v. Kemp*, 481 U.S. 279 (1987).

<sup>18</sup> La esclavitud redujo el significado de negritud al de esclavo.

eso sería un grave error hacer una asociación ligera entre ambos sistemas de castas raciales. Una simplificación de este tipo podría hacer que cayera en oídos sordos y alejaría a posibles aliados en la lucha por la caída del actual sistema, ya que a sus ojos, el simple hecho de apoyar el encarcelamiento masivo los dejaría del mismo lado que los racistas (por lo menos como entiende el término el común de las personas).

El desafío se encuentra en comprender la vigencia que tiene el término “raza” a la hora de analizar el estado actual de las cosas. Basta entonces ver que el problema gira en torno a la *indiferencia racial*, definida en términos de falta de compasión y cariño por la raza y los grupos raciales, más que de hostilidad racial.

Otra de las grandes diferencias entre ambos sistemas son las *víctimas blancas de la casta racial*, una gran novedad. Durante Jim Crow, pocos blancos se vieron perjudicados directamente por el sistema mientras que en la actualidad, son muchos más. ¿Cómo es posible? Se trata de una coartada necesaria para mantener la apariencia de neutralidad racial. Si el encarcelamiento masivo fuese absoluta y exclusivamente de afroestadounidenses, el velo de neutralidad caería inevitablemente. El porcentaje de blancos afectados por el encarcelamiento masivo es considerablemente más alto que bajo el antiguo Jim Crow, aunque bajísimo con respecto a los afroestadounidenses. Demostrando que son éstos, y no los blancos, el verdadero objetivo del sistema de castas vigente. A los detractores de la analogía, Alexander les pregunta:

“¿Podemos visualizar un sistema que aplicara las leyes antidroga casi exclusivamente contra los jóvenes blancos e ignorara mayoritariamente los delitos de drogas entre los jóvenes negros?”<sup>19</sup>

Por último vale destacar otro elemento complejo, a la par que novedoso y controversial: el *apoyo negro a las políticas de “mano dura”*. El apoyo por parte de los afroestadounidense al sistema de Jim Crow y sus conductas de inferiorización de la comunidad negra fue y es prácticamente inexistente. Por otro lado, el encarcelamiento masivo cuenta con el apoyo de algunos sectores de la población negra, que reclama más policías y más cárceles ante la creciente delincuencia en algunas comunidades de los guetos.

## Conclusiones

Este racconto del devenir de la comunidad afroestadounidense nos enfrenta al desafío de aportar a la reflexión y a hacer un llamado a la construcción de un verdadero proceso de cambio social de abajo hacia arriba. Es necesario que la dirigencia de la comunidad afroestadounidense tome en agenda de manera urgente el reclamo de los sectores más vulnerables, que de forma decidida han salido a las calles a decir ¡Basta! Una vez más el pueblo afroestadounidense, víctima directa del racismo estructural en sus múltiples facetas (encarcelamiento masivo, segregación racial, brutalidad y abuso policial, desigualdad de oportunidades,

<sup>19</sup> Michelle Alexander. *El color de la justicia...*, op cit., página 311.



estigmatización social, etc.), está denunciando un sistema político que si se pretende democrático, no puede admitir más parches. Al grito de “¡Arriba las manos, no dispare!”, “¡Las vidas negras también importan!” están denunciando la doble moral del discurso de la corrección política y de la idea del racismo como una etapa superada, cuando vemos día a día los abusos a los que son sometidos afroestadounidense y latinos por la mera portación rostro.

Por último, hago más las palabras del encarcelado periodista y activista afroestadounidense Mumia Abú-Jamal, “Debemos pedir, agitar, y si todo lo demás falla, crear un nuevo movimiento popular que luche por destruir de una vez por todas el sistema de castas.”<sup>20</sup>

---

<sup>20</sup> Mumia Abú-Jamal. *Una raza encarcelada*, en <http://www.cubadebate.cu/opinion/2011/05/13/una-raza-encarcelada/#.VmsKK14pVVc>